AÑO X. — NÚM. 161 SABADELL, 9 FEBRERO DE 1907

EL TRABAJO

Periódico obrero bimensual * * * * * * * Redacción y Administración: Estrella, 110

Orientación sindicalista

Nos satisface verdaderamente el movimiento que en pro del sindicalismo viene observándose en la prensa obrera, y nos satisface muchísimo más porque sin decirnos sindicalistas, mejor dicho, antes de surgir ese neosindicalismo francés, ya se propagaba en España en los buenos tiempos de la Federación Regional.

Es preciso que los trabajadores nos entendamos y nos unamos. ¿De qué modo? Respetando las ideas de cada uno de los individuos que formen una entidad obrera, y esas entidades respetando la forma y manera en que, sin abdicar de su autonomía, quieran administrarse y regirse.

Úrgenos, pues, trabajar para crear una organización sólida y verdadera.

Sabido es que hasta hoy hemos vivido de ilusiones en cuanto al desarrollo de las Sociedades de resistencia se refiere; de sectarismo podríamos llamar, hasta cierto punto, todo lo que se ha pretendido demostrar con el movimiento obrero.

Un número considerable de Congresos y conferencias se han celebrado, en los cuales en vez de estudiar especialmente la cuestión del trabajo y modo de obtener reformas prácticas, sólo se han discutido en ellos ideales: si se deber ser esto ó aquello, y así hemos pasado el tiempo, permaneciendo divididos en varias fracciones y sin llegar jamás á un inteligencia común.

Otro de los asuntos que más bien perjudican que favorecen, es la asistencia á esos Congresos de un número considerable de delegados que, muchísimos de ellos, ni siquiera como grupo podían llevar su representación; dándose el caso de que siempre que se ha intentado algún movimiento de importancia ha fracasado, causando un número considerable de víctimas, todo porque la organización era débil y poco numerosa. La cantidad no hace al caso, se dice; pero si la cantidad es mucha, la calidad tiene un apoyo moral cuando menos, porque el ejemplo lo tenemos á la vista. Si las entidades representadas en el mitin celebrado en el Palacio de Bellas Artes de Barcelona, hubiesen sumado, relativamente, su número de socios, á los organizadores de aquel hermoso acto no se les hubiera encarcelado y atropellado como se hizo; pero como las autoridades tenían la seguridad de que las Sociedades adheridas sólo lo estaban de nombre y que los individuos sumaban exiguo contingente, sucedió lo que tenía que suceder: un fracaso.

El temperamento de algunos buenos compañeros, pero poco previsores, han ocasionado ciertas divergencias en el seno de las Sociedades, y luego en los mitins y en la prensa (me refiero á la obrera) la propaganda que se hace no es verdaderamente societataria; cada individuo ha combatido lo que desde su su punto de vista ha considerado pernicioso á los intereses del trabajo, sin reparar que en la Sociedad que milita como obrero, existen individuos que disienten de su parecer.

Pues bien, yo creo que el sindicalismo tiende á procurar una completa relación íntima y hasta familiar entre todos los trabajadores, y que en el seno de las Sociedades y en cuantos actos se efectúen en nombre del sindicato, importa demostrar que somos obreros, y como tales debemos unirnos y luchar en el terreno práctico contra todos los que nos explotan. Como sindicalistas y como obreros, unidos todos fuertemente por una misma aspiración; como hombres y libres de nuestras ideas, sean políticas ó antipolíticas, á propagarlas en nuestros Centros ó Casinos; de lo contrario, si no llegamos á una inteligencia positiva y clara, viviremos en constante lucha intestina y los burgueses seguirán riéndose de nosotros, aprovechándose de nuestras diferencias en beneficio propio.

CADIMONSILIS

El aire y los niños

Es preciso que de formar una nueva generación nos ocupemos todos los hombres de buena voluntad. No están muy á la mano en las ciudades los medios de conseguirlo, aunque tampoco nos hallamos desprovistos de ellos en absoluto. Mucho nos apartamos de las leyes naturales, que por lo mismo son leyes divinas; más podemos volver á ellas á poco que reflexionemos sobre su trascendencia y utilidad.

Tanto los padres como el Estado han de ver en el niño de hoy el hombre de mañana. Todos desearíamos hombres fuertes, inteligentes, activos y morales. Pues si no sabemos formarlos estorbemos lo menos posible en su formación.

Asegurar á los hijos la salud ó poner todos los

medios para mejorarla debiera ser la primera preocupación de los padres. Es el capital más «saneado» que les podemos dejar; el factor más importante de su felicidad, la base de la dicha futura en el hogar. El Estado participaría de los beneficios que resultarían para cada uno de los ciudadanos. Esto es indiscutible.

Pero no es sólo esto. El niño saludable puede cumplir mejor sus tareas escolares; está más dispuesto al trabajo intelectual; sentirá mayor alegría por sus progresos científicos. Y el hombre inteligente es un cooperador importantísimo en el adelantamiento de las naciones.

Y aun más. Suponiendo que de un organismo enclenque puedan surgir grandes pensamientos, no tendrá energías, resistencia física para traducirlos en hechos, encarnándolos en la vida de la realidad. Es decir, que hasta para ser bueno hay necesidad de ser fuerte, ágil y vigoroso.

Luego nuestra primera preocupación educativa debe ser una atención preferente á la cuestión física, á conseguir organismos adecuados.

Los niños necesitan aire puro, sol, juego, movimiento, vida. En el extranjero desde que ven la luz de este mundo, las madres tienen especial cuidado de que algo de esto disfruten durante ciertas horas del día; aquí hasta se oponen á que los maestros den á los niños una cantidad pequeñísima de lo que les corresponde y tanto necesitan. ¿Y sabéis por qué? Porque se destrozan, se ponen morenos, se hacen daño. En médico y botica os gastaréis lo que tratáis de ahorrar con vuestros desaciertos.

¿No véis qué sanos están los niños de los pueblos y qué fuertes? Pues comen, de seguro, peor en cantidad y calidad que vuestros hijos; pero gozan de aire puro, de juegos y de alegrías que vosotros no procuráis á esos seres tan queridos por vosotras mismas y á quienes matáis lentamente á fuerza de cariño mal entendido.

Nuestros niños viven condenados á estar «recogidos en casa», para que no anden por la calle, sin permitirles la menor distracción en movimiento, ó á «encerrarlos» durante seis ó más horas en Escuelas, que más bien debieran llamarse lóbregas prisiones sin patios al aire libre donde poder jugar desembarazada y alegremente.

¡Pobres niños españoles! ¡Qué cruel, qué estúpida, qué criminal es la sociedad en que vivimos!

Y no se ve redención. Los médicos hablan y escriben; pero sus consejos se pierden en el vacío. Algunos maestros, pocos, también se acuerdan de vosotros; pero han de luchar contra vuestros mismos padres y quizás contra las autoridades. Todos atentan contra vosotros; casi nadie os defiende.

Necesitábais el día entero para procuraros un organismo fuerte, sano, ágil, bien templado, y no os dan ni siquiera algunas horas, unos pocos minutos. El quietismo enervante, los gases mefíticos, la falta de sol acabarán con ese cuerpecito que habéis heredado de quienes fueron víctimas también de pasados errores.

¡Pobres niños españoles! ¡Cuándo pensarán en vuestra felicidad verdadera los que tienen obligación de proporcionárosla!

JULIÁN CUADRA, *maestro normal.*

Sintéticos

Eufemismos á un lado, es evidente de toda evidencia que la actual sociedad, vieja ridícula, con afeites de joven, vive basada sobre el robo, la rapacidad y la violencia, nutriéndose de toda clase de infamias, de crímenes y miserias morales.

La desigualdad de clases lo tiene aquí trastornado todo.

Los hombres, al entrar de lleno en la vida por la puerta de la competencia, encuéntranse con que, para poder vivir y triunfar en su calidad de concurrentes, les es preciso librar entre sí furiosas batallas canibalescas, que han de procurar á todo trance vencer y devorar brutalmente á sus semejantes, ó resignarse á ser devorados y vencidos por ellos en el tremendo luchar humano por la conservación de la existencia. Y, claro está, de semejante antagonismo fatal que pone al hombre en pugna con el hombre, como no podía menos de suceder, surgen todos los grandes odios, los enconos salvajes, las torpes emulaciones y envidias inmorales en que la sociedad se revuelve encenagada, cual en inmenso albañal de crímenes y miserias.

Aquí, bajo el predominio capitalístico, lo inmoral y lo falso se impone y triunfa consagrado por el dios Éxito. El trabajo padece la dependencia del capital; la ley escrita falsea los actos de la verdadera justicia; la razón es eclipsada por el error, y la fuerza, en fin, priva el derecho.

Trastrocados como se hallan los términos de las cosas, no hay por qué extrañar, ciertamente, que el orden social se encuentre á merced de los parásitos y de los explotadores. Éstos, es bien sabido, astutos con astucia procaz de zorros utilitarios, posesionados de todo poder, privilegio y riqueza, han hecho del mundo un verdadero paraíso terrenal, levantado sobre la miseria y la abyección del pobre pueblo obrero.

Toda la chusma privilegiada y predominante que se agita como endiosada en las alturas sociales de la riqueza y del poder, vive á expensas del trabajo del pueblo, explotando á los trabajadores, ó lucrándose indebidamente de riquezas que debieran ser del libre dominio de todos los humanos.

Los privilegiados y los capitalistas, sometiendo á la inmensa mayoría de los hombres bajo el yugo infamante de la explotación, producen la infelicidad del orden social. Con sus hábiles trapisondas acaparadoras y sus tremendos egoísmos explotadores, dan ocasión al horrible pauperismo en que ordinariamente

se consumen los proletarios. Y luego, cuando la miseria toma su mayor incremento exteriorizándose en proporciones realmente aterradoras, entonces, los capitalistas y los gobernantes, magnánimos á lo don Juan de Robres, procuran *socorrer* á sus desdichadas víctimas, *ayudándolas á bien morir* con el vergonzoso auxilio de la beneficencia oficial y de la caridad privada.

Quieren, merced á semejantes procedimientos, pasar plaza de generosos y de caritativos.

Sí, ya se ve; son muy caritativos y archigenerosísimos los ricos y los explotadores para con las infelices víctimas de sus avaricias insaciables y de sus tremendos egoísmos.

¡Pudieran dejarlas morir en medio del arroyo, y les ofrecen, magnánimos, la infecta cama del hospital ó del asilo!...

. . . . . .

Cuando un salteador, en medio de las abruptas fragosidades de la montaña, puede matar y robar cuanto tenga á un caminante inerme, es evidente que todavía le hace algún favor si se contenta con apalearlo y dejarle la camisa.

Tal, sobre poco más ó menos, resulta la generosidad piadosa de los ricos y de los gobernantes para con los infelices proletarios.

DONATO LUBEN

Dos cartas de Gorki

Recientemente circuló un artículo titulado «La bella Francia», del célebre autor de *Los exhombres*, en el cual se dirigían duros ataques á la burguesía francesa por la parte que había tomado en los empréstitos levantados por el Gobierno ruso para combatir la revolución. Con tal motivo hízose á Gorki en la nación vecina blanco de los mayores insultos por haber osado atacar el patrioterismo de los franceses en su representación plutocrática. De regreso aquél de su excursión á América, ha tenido conocimiento de los ataques de que había sido objeto y ha escrito las dos cartas que traducimos, en las cuales el valiente revolucionario sincera su conducta y hace una vez más pública fe de sus convicciones y de su confianza en el triunfo de la revolución rusa.

He aquí las cartas dirigidas por Gorki á sus detractores.

«*A. M. Aulard.*—Querido maestro: En el cúmulo de palabras injuriosas, fruto de una irritación impotente; en las salpicaduras de lodo y la vulgar charlatanería con que la prensa francesa ha respondido á lo que yo escribí acerca de la última acción deshonrosa de la Francia financiera y gubernamental, he visto con asombro y tristeza vuestro honorable nombre, querido profesor.

»Vuestro libro sobre la lucha épica del pueblo francés contra la tiranía, es leído por el proletariado ruso, que en él ha aprendido la ciencia de sacrificarse y de morir por la libertad, que necesita tanto como el aire. Mi estimación hacia vos, como gran historiador que sois, es tan profunda, que no puedo dejar sin respuesta vuestro artículo relativo á «La bella Francia». Y no puedo, porque, para mí, lo esencial no es tanto lo que los demás piensan de mí como lo que yo opino de ellos.

»Evidentemente, no habéis leído mi artículo entero. Á pesar de ello, reconocéis que, en parte, al menos, tenía sobrados motivos para indignarme. ¡Esto debéis reconocerlo plenamente, querido profesor!

»En efecto, no se trata solamente de que, como decís, «sin el dinero francés, el zar no hubiera podido disolver la Duma», no. Se trata más bien de que, sin ese dinero maldito, no se habría derramado tan abundante ni tan ferozmente la sangre del pueblo ruso. Y que queráis ó no, esa sangre ha dejado una mancha vergonzosa en el rostro de los burgueses y del Gobierno francés que ha permitido ese empréstito de Judas.

»No es, ciertamente, la prensa burguesa quien borrará esa mancha; ella misma no está lo bastante limpia para hacerlo.

»Os equivocáis también al suponer que yo había lanzado mis reproches á la faz de toda Francia. ¿Por qué suponerme tan cándido? Yo sé que el pueblo no es nunca responsable de la política de las clases directoras y del Gobierno, su fiel lacayo. Conozco, en particular, al pueblo francés que ha sembrado por doquiera en Europa los gérmenes de la libertad, y sé que no habrá de obrar contra ella á sabiendas. Pero, como siempre, el pueblo ha sido engañado y deshonrado por los amos de sus destinos, y á ellos, sean quienes sean, alemanes, ingleses, franceses, reyes, banqueros y periodistas vendidos se dirigen mis maldiciones.

»Yo hablaba á la Francia de los banqueros y de los hacendistas, á la Francia policíaca y ministerial; yo he escupido á la faz de esa Francia que denigró á Zola, de la Francia burguesa moderna, en la cual el miedo al rey de Prusia — ese Guillermo II que ha erigido en culto la imbecilidad humana — ha hecho callar todos sus sentimientos caballerescos y que no vive actualmente sino para salvar su tranquilidad y su oro.

»Pero, querido profesor, yo creo que esa Francia no se librará del miedo y del pánico disponiéndose á proporcionar otra vez á la banda de ladrones y de asesinos — por otro nombre, el Gobierno ruso, amigo y aliado —, los millones arrancados al sudor del proletariado francés.

»La revolución rusa se desarrollará con lentitud y durante algún tiempo, pero terminará con la victoria del pueblo. Siguiendo el ejemplo de la antigua Francia también nosotros decapitaremos el monstruo de la tiranía parasitaria. Pero nosotros iremos mucho más lejos y no habremos de imitar á la gran Francia.

»Cuando el Poder se halle en manos del pueblo, se le recordarán los banqueros de Francia que han ayudado á la familia Romanoff á luchar contra la libertad,

contra el derecho, contra la verdad, y á mantener así su bárbaro predominio cuyo papel anticivilizador es decididamente reconocido por todos los hombres de corazón en Europa. Y yo estoy seguro de que el pueblo ruso no devolverá á los banqueros de Francia los empréstitos que les ha pagado ya con su sangre.

¡No, no se los devolverá! — *Maximo Gorki.*»

«A los Sres. Gérault Richard, Renato Viviani, Julio Claretie y otros periodistas de Francia. — Señores: Acabo de enterarme de las oleadas de elocuencia que ha levantado de vuestros tinteros mi artículo sobre el empréstito consentido en la primavera última por el Gobierno y los hacendistas franceses á Nicolás Romanoff, y que ha tenido como consecuencia sanguinarias ejecuciones, consejos de guerra en los campos y otras mil atrocidades. Acabo de enterarme de vuestras réplicas y... no os felicito por ellas.

»La alianza con el llamado Gobierno ruso ha comenzado ya á dar sus frutos; vosotros comenzáis á tratar la lógica, la verdad y la noble lengua francesa como los cosacos tratan en Rusia á las mujeres. La opresión es abyecta porque corrompe á los extraños y aun á los indiferentes mismos, como os ocurre á vosotros.

»Nunca contesto á las insinuaciones dirigidas contra mí; cuanto más groseras son, más pronto las olvido. Pero vosotros me acusáis de no tener sentimientos de gratitud. Y esto necesita una explicación.

»Decís vosotros: «Todos nos hemos levantado para defender á Gorki cuando estuvo preso, y él...»

»Permitirme que os dé un buen consejo: si por equivocación, por imprudencia ó por otra causa cualquiera habéis dado alguna vez rienda suelta á vuestros sentimientos humanitarios, no debéis vanagloriaros de ello. Eso no es bello...

«Yo me porté bien contigo; tú debes pagarme con tu gratitud»; eso es lo que se desprende de vuestras palabras. Pero, señores, yo no siento gratitud hacia vosotros, y vuestra generosidad paréceme que es una mala inteligencia.

»Yo no soy el mártir y el paciente que tan aficionados sois á pintar; soy simplemente un hombre que trabaja con convicción en su modesta labor y que encuentra plena satisfacción en ese trabajo. Si á veces esto me ha valido pasar algún tiempo en la cárcel, me ha servido de descanso de mis fatigas físicas, y no he tenido que lamentar grandes incomodidades, para no hablar de sufrimientos.

»Desde el punto de vista de vuestra mentalidad, deberíais en el fondo desear que yo fuese con frecuencia á la cárcel y que permaneciera allí el mayor tiempo posible, y cuando vosotros protestáis contra esto, vuestra conducta, permitidme que os lo diga, me hace reir.

»Porque somos enemigos, y enemigos irreductibles, estoy seguro de ello. El escritor concienzudo es siempre enemigo de la sociedad actual y con mayor motivo de quienes defienden y justifican la disposición para la ganancia y el espíritu de dominación, bases fundamentales de la actual organización social.

»Aun añadís: «Nosotros amamos á Gorki, y él...»

»Señores, os lo digo muy sinceramente, vuestro amor de burgueses no es para mí, socialista, más que una profunda ofensa.

»Espero que estas líneas determinarán exactamente y para siempre nuestras relaciones recíprocas.—*Máximo Gorki.*

La guerra

He aquí en qué se ocupan los hombres. Apreciemos dignamente ese alto grado de inteligencia por algunas comparaciones.

El cuchillo de Marte saca sin tregua la sangre de las venas de la humanidad: y se han derramado 18 millones de metros cúbicos.

La extravagancia humana de este planeta está dispuesta de manera que en lugar de llevar una vida tranquila, laboriosa, intelectual y feliz, se suicida perpetuamente abriéndose las venas y arrojando su sangre en frenéticas convicciones. Ved lo que hace esa humanidad: escoge sus hijos más fuertes, los cría, los alimenta, los rodea de cuidados hasta la plenitud de su edad viril y luego los alínea metódicamente. Como no dispone más que de 33,525 días por siglo y necesita acuchillar 40 millones de individuos, ¡ni un sólo día suelta su cuchillo, degollando sin cansancio 1,100 diarios, casi uno por minuto, 46 por hora! No hay tiempo que perder, porque si por casualidad descansa un sólo día, el trabajo se dobla al día siguiente y 2,200 condenados esperan su turno.

¿Qué añadiremos á ese cuadro incomparablemente menos repugnante que la realidad? Una sola observación: «los diversos gobiernos de Europa matan por sí «solos, por gusto, cada uno, más hombres que estre»llas se ven en el cielo en la más clara noche.»

De hecho, el militarismo europeo, ó sea el estado de paz con el ejército permanente, es la causa principal de la esterilización de los campos y la ruina de los países.

Los recursos ganados penosamente por los trabajadores no bastan ya hace mucho tiempo. Es necesario el empréstito, tomar prestado siempre y descontar el porvenir. ¡La deuda pública de Europa y América se eleva hoy á noventa y ocho mil millones! Continúa exagerándose y continuará hasta que todos los pueblos quiebren. ¡La deuda pública de las diversas naciones se eleva actualmente á ciento treinta mil millones que la humanidad se eleva á sí misma!... Ningún problema de astronomía es de esa fuerza y no hay observatorio comparable á una Cámara de diputados.

Y esas dudas, esos sacrificios, esos impuestos de de todo género, ese aumento constante de malestar público, ¿á quién aprovecha? ¿para qué sirve? Para quitar brazos á la agricultura, para esterilizar la tierra,

para preparar el hambre universal y para matarse mutuamente.

¡Más aún! Nuestra inteligente humanidad no ha tenido gratitud hasta el presente más que para sus enemigos, *honores para sus verdugos, laureles para sus asesinos, estatuas para los que la aplastan bajo los talones de sus botas.*

¿Qué deducir de este examen? Podemos seriamente esperar que la humanidad reconocerá un día su necesidad, que los pueblos alcanzarán la edad de razón y que la guerra infame acabará de mancillar este planeta cuando se hallen más ilustrados sobre las verdaderas condiciones de su felicidad? ¡No! Los hombres son así; tienen necesidad de amos, de verdugos y de desgracias, Se verá aún durante muchos años que noventa y nueve hombres sobre ciento, sentirán la necesidad de acuchillarse, *y el centésimo, que los tratará de locos, será considerado como un utópico.* ¡Suprimir todos los ejércitos del mundo! ¡Friolera! ¡Eso es imposible!

C. FLAMMARIÓN

El culto de la verdad

(ESCENAS DE LA INFANCIA)

En casa de Johan se profesaba el culto de la verdad.

«Decid siempre la verdad, suceda lo que suceda», repetía con frecuencia el padre, y contaba una historia que le había sucedido.

En cierta ocasión, había prometido á uno de sus clientes enviarle, el mismo día, el objeto que había comprado. Lo olvidó y habría podido invocar una razón cualquiera; pero cuando el cliente, furioso, acudió á la tienda y le dirigió reproches groseros, el padre respondió reconociendo humildemente su olvido, pidió perdón y declaró querer compensar los perjuicios.

Sentido moral: el cliente, asombrado, le tiende la mano y demuestra su estimación. (Nos parece, sin embargo, que los mercaderes no deberían mostrarse tan meticulosos entre sí.)

El padre era inteligente y, como todos los viejos, estaba seguro de sus afirmaciones.

Johan, que jamás estaba inactivo, había hecho un descubrimiento: se podía emplear el tiempo en ir á la escuela y á la vez enriquecerse... Un día encontró sobre la acera de la puerta de los Holandeses una tuerca y se regocijó, porque con un cordel hizo una honda. Desde entonces, marchaba siempre por en medio de la calle, recogiendo todos los pedazos de hierro que encontraba. Como las puertas ajustaban mal y los pesados carros no estaban defendidos, los hierros eran cruelmente maltratados. Por esto, un peatón atento estaba seguro de hallar cada día un par de clavos, un perno, al menos una tuerca, y aun á veces una herradura. Johan pensaba sobre todo en las tuercas é hizo de ellas especialidad. En un mes había llenado casi una cuarta parte de un tonel.

Estaba un día divirtiéndose en su cuarto, cuando entró su padre interrogándole duramente:

—¿Qué es eso que tienes aquí?—dijo el padre abriendo mucho los ojos.

—Son tuercas,—respondió Johan tranquilamente.

—¿Quién te las ha dado?

—Las he recogido.

—¿Recogido? ¿dónde?

—Bajo la puerta.

—¿En un sólo sitio?

—No, en varios sitios; por la calle á menudo se encuentran.

—No... ¡Á mí no me engañas! Tú mientes. Ven acá que he de hablarte...

Y, efectivamente, le habló con un bastón.

—¿Lo declararás, ahora?

—Las he recogido en la calle.

Y fué torturado hasta que *declaró.*

¿Qué iba á declarar? El dolor y el miedo de que no acabase aquella escena fué causa de que mintiese.

—Las he robado,—se apresuró á decir Johan.

—¿Dónde?

Claro está que no sabía en qué parte de los carros había tuercas, pero supuso que las habría.

—Debajo de los carros,—añadió con seguridad.

—¿Dónde?

Su imaginación evocó un lugar donde había muchos carros.

—Cerca de una construcción que está frente á la calle Smedgaard.

Haber especificado la calle hacía la cosa verosímil. El viejo estaba ya seguro de haberle arrancado la verdad. Entonces siguieron estas reflexiones:

—¿Cómo has podido tomarlas con los dedos?

El chico no había pensado en esto; pero viendo el armario donde guardaba su padre las herramientas, de repente contestó:

—Con un destornillador.

Sabido es que las tuercas no se pueden sacar con un destornillador; pero la imaginación del padre estaba en acción y se dejó engañar.

—Pero, ¡esto es horrible! ¡Tú eres un ladrón!—Y súbitamente se le ocurrió llamar á la policía.

Johan pensó en tranquilizar á su padre, haciéndole ver que todo lo que había dicho era mentira, pero ante la perspectiva de continuar siendo maltratado renunció á su intento.

Vino la noche, y al acostarse y cuando su madre se le acercó para hacerle rezar, Johan, en actitud patética, exclamó:

—¡Yo no he robado las tuercas; el diablo lo sabe!

La madre le miró un rato y, reconviniéndole, le dijo:

—No se ha de jurar de este modo.

El castigo corporal le había humillado, deshonrado; estaba furioso, contra Dios, contra sus padres

y sobre todo contra sus hermanos, que no habían atestiguado en su favor, por más que ya sabían de qué se trataba.

Johan no rezó aquella noche; pero deseó que hubiese un incendio sin tener necesidad de aplicar un fósforo.

A. STRINDBERG

El claustro

Cuando los monasterios abundan en las naciones, sirven de trabas á la civilización, son establecimientos obstruyentes y centros de pereza que se construyen donde debían estar los centros del trabajo. Las comunidades monásticas son, respecto á la gran comunidad social, lo que el muérdago es á la encina, lo que la verruga al cuerpo humano. Su gordura y su prosperidad causan el emprobrecimiento del país. El convento, el antiguo convento de monjas, especialmente como existía á principios de este siglo en Italia, Austria y España, es una de las más sombrías concreciones de la Edad Media. El claustro, el claustro de esta clase, sirve de puerto de intercesión de los terrores. El claustro católico, propiamente dicho, está lleno de los resplandores fúnebres de la muerte.

El convento español sobre todo. En él se elevan en la obscuridad, bajo brumosas bóvedas, macizos y gigantes altares, altos, como una catedral, allí penden de cadenas inmensos crucifijos blancos; allí se destacan, desnudos, sobre ébano, grandes Cristos de marfil, más que ensangrentados, vertiendo sangre, sombríos y magníficos, coronados con espinas de plata, clavados con sangre de rubís en la frente y lágrimas de diamantes en los ojos. Los diamantes y los rubís parecen mojados y hacen llorar en la obscuridad, y allá abajo, á seres cubiertos con un velo, cuyo cuerpo martiriza el cilicio y que la oración desuella las rodillas á mujeres que se creen serafines.

¿Piensan, acaso, estas mujeres? No. ¿Aman? No. Sus nervios se han convertido en huesos, sus huesos en piedra. Su velo es una noche tejida. Su aliento bajo el velo parece la trágica respiración de la muerte. Tales son los monasterios de España.

El monaquismo, tal como existe en España, es una especie de tisis para la civilización. Pasa en seco la vida. Despuebla. Claustración ha sido lo mismo que castración. El convento ha sido el azote de la Europa.

Decir convento es lo mismo que decir pantano. Su putrefacción es vidente, su estancación es malsana; su fermentación enferma á los pueblos y los marchita; su multiplicación se convierte en plaga de Egipto.

Supersticiones, hipocresía, falsa devoción, preocupaciones á pesar de ser larvas, quieren vivir tenazmente escondiendo sus dientes y sus uñas, y es preciso destruirlas cuerpo á cuerpo, haciéndoles guerra sin tregua, porque una de las fatalidades de la humanidad consiste en vivir condenado á luchar eternamente con fantasmas.

VÍCTOR HUGO

La bestia civilizada

Así, como quien no dice nada, en tres ó cuatro renglones de cualquiera de nuestros encopetados rotativos se denuncia friamente, indiferentemente, la repugnante bestialidad de los tiempos civilizados.

Una niña, una cándida niña, martirizada, consumidas las carnes, enfermo el corazón y el cerebro, la sangre empobrecida y envenenada, tal vez rotos los blandos huesos; un hombre depravado, asquerosamente depravado, corriendo tras libidinosos placeres de Flaminio, alcoholizado, sifilítico, cubierto de nauseabundas pústulas; una joven, hermosa, arrogante, ofreciendo vida y placer, que cae en el surco del amor mercenario, recorre los lupanares y muere podrida en el hospital; un viejo carcomido, lujuriante y sátiro que se refocila indecente con las blancuras de la inocencia; una sucia celestina que comercia y se goza en el tráfico de la carne y pone á contribución de su degradante oficio la virginidad y la pureza; la borrachera de celos que mata, la ambición de riquezas que asesina, el aguardiente que desequilibra, el juego que corrompe; todo el fruto repulsivo de la opulenta civilización burguesa, pasa por las columnas de la prensa y por la mente del lector como relámpago fugaz, cuya huella se borra tan luego como se marca.

En el tráfago feroz del utilitarismo bárbaro, del egoístico vivir brutalmente y brutalmente arrollarlo todo para levantarse triunfante sobre las piltrafas del prójimo, no hay tiempo para la percección del mal. Somos la bestia civilizada que habla con desprecio del salvajismo, que fulmina formidables anatemas contra el canibalismo y la barbarie, y larga el mochuelo de sus pecados al pícaro atavismo. Somos la bestia civilizada que escucha friamente, indiferentemente, como el estupro, el estetismo, la prostitución, nos conducen á la degeneración física y al rebajamiento moral; como la borrachera y el juego y las más viles pasiones nos llevan á la ruina y á la muerte. ¿Quién va á preocuparse?

¡Gloria al progreso de los tiempos! Sobre el aniquilamiento de la humanidad, se levantará soberbio el alcázar de la civilización burguesa, cantado por los poetas y los músicos, ensalzado por los filósofos de pacotilla, ponderado por los imbéciles que tienen por oficio garrapatear infamias é iniquidades. ¡Adelante con la civilización!

Para coronar su obra de puercos, la burguesía necesita hacer del hombre la bestia civilizada. Y culpar después á nuestros pobres abuelos.

Merece morir á manos de su propia infusa ciencia, corroída por la sífilis, por el alcohol y abrasada por el fuego de Gomorra.

¡Cuánto tarda la hora de la sangría feliz en que correrá fundida y refundida la pestilente carne civilizada!

R. MELLA

El hurto

—¿Qué ocurre?

—Acaban de robarme una boquilla de ámbar que tenía sobre la mesa.

—¿Conoces al ladrón?

—Debió de ser uno que me refirió hace poco la mar de desventuras y terminó por pedirme una limosna.

—¿Se la diste?

—No; no me inspiran lástima hombres que pordiosean pudiendo vivir de su trabajo.

—¿Sabes que lo tiene?

—Se quejó de no haber encontrado hace tiempo en qué emplear sus fuerzas. ¿Vas á creerle?

—¿Por qué no? Están llenas las calles de jornaleros que huelgan.

—Los malos.

—Y los buenos. La crisis es grande. No se edifica y sobran millares de brazos...

—La crisis no autoriza el hurto.

—No lo autoriza, pero exige de la sociedad que socorra al que muera de hambre. Se estremece la tierra y vienen á ruina casas y pueblos; saltan de sus márgenes los ríos é inundan los valles. Suena al punto un clamoreo general por que se corra en ayuda de los que padecieron por la inundación ó el terremoto. ¿Por qué ha de permanecer muda la sociedad ante los dolores de los que sufren en apagados hogares y míseros tugurios las consecuencias de crisis que no provocaron?

—Tratas en vano de disculpar el hurto. Consentirlo es ya un crimen. No puede blasonar de cultura la nación donde la confianza falta y la propiedad peligra.

—¿Qué harás entonces con tu presunto hurtador?

—No haré; hice. Mandé que le detuvieran y le llevaran á los tribunales.

—¡Por una boquilla de ámbar! ¿Y si luego resulta inocente?

—No á mí, sino al tribunal corresponde averiguarlo.

—¿Y te crees hombre de conciencia? Reflexiona sobre el mal que hiciste. Has llevado la perturbación, la zozobra y la amargura al seno de una familia. Has impreso en la frente del acusado y de sus hijos una mancha indeleble. Puso el Dios de la Biblia un signo en Caín para que no le matasen; pone la justicia un signo peor en los que caen bajo su férula. Será inútil que se los manumita; los nublará eternamente la sospecha y los apartará de los otros hombres. ¡Ay de él y de los suyos si por falta de fiador entra en la cárcel! Mantenía él la lumbre del hogar, bien trabajando, bien pordioseando; deberán ahora los hijos ir mendigando para su padre, y recibirán en no pocas puertas ultrajes por dádivas. Quisiste castigar al que supones ladrón, y sin saberlo ni quererlo descargaste la mano en seres que ningún mal te hicieron.

—¿Debo, pues, consentir que me roben?

—Te diré lo que Cristo respecto á la mujer adúltera: castiga al que te robó si te consideras exento de pecado.

—¡Cómo! ¡Cómo!

—Ves la paja en el ojo ajeno y no la viga en el tuyo.

—¿Me llamas ladrón?

—Ejerciste un tiempo la abogacía. ¿Estás seguro de haber proporcionado siempre tus derechos á tu trabajo? Eres hoy labrador: ¿vendes los frutos de tu labranza por lo que cuestan?

—Me ofendes: nada tomé ni tomo contra la voluntad de su dueño.

—Lo tomaste ayer aprovechándote de la ignorancia de tus clientes y lo tomas hoy aprovechándote de la necesidad de tus compradores, como ese desdichado tomó la boquilla de ámbar aprovechándose de tu descuido.

—No castiga ni limita ley alguna los hechos de que me acusas.

—Tienes razón: la ley no castiga al que hurta, sino al que hurta ó defraudada sin arte.

—Eres atrabiliario como ninguno. ¿Quién, á tu juicio, podrá decirse exento de pecado?

—Nadie: lo impide la actual organización económica. Para los hurtadores sin arte bastan los presidios; para los hurtadores con arte no basta el mundo.

F. Pi y Margall.

El agitador

Pasó como una ráfaga.

En los periódicos sólo se habló de un hombre, el agitador, que traía á Madrid extraña misión. Apercibida por la inglesa nuestra policía, se apoderó de su persona, y á las pocas horas de llegar volvió á salir expulsado como peligroso.

Apenas estuvo un día. Ya no volveremos á oir hablar de él, y, sin embargo, su desconocida persona me impresionó.

¿De dónde salió y qué lugar de la tierra le servirá de refugio? ¿En qué misteriosas soledades forjó su ideal? ¿Qué misión le traía? Sólo sabemos que era eso, un agitador.

Con esa palabra, que encubre una potente rebeldía, designó siempre la humanidad á los que no se conforman con los convencionalismos vigentes. Agitador se llamó á Cristo porque se rebeló, y si en los tiempos bíblicos se conociera esa palabra, el ángel rebelde así se llamara.

¡Extraños y valientes espíritus!... Los grandes jalones de la historia los constituyen esos hombres; personificación eterna de todos los romanticismos, que luchan por un ideal que sólo los siglos realizarán. Precursores iluminados, ven á través del tiempo y del espacio; y los hombres cegados por la pasión ó por la conveniencia, de locos les califican, porque miopes

y si él puede y no lo hace es que consiente en los malos actos.

—Él hace como tú hiciste ayer; me distes la manzana diciéndome que no la comiera; pues si tú estabas convencida de que me haría daño; no habérmela dado.

—Yo sabía que te haría daño, pero no que desobedecerías.

—Pues lo mismo le pasó á Dios; dió la razón al hombre, ignorando que razonaría en contra de su obra imperfecta; desde el momento ignoraba las consecuencias: entonces, ¿á qué adorarlo y creer en él si nos dió el mal en vez del bien?

P. C.

Hacia el porvenir

Las bases de la solución del problema social están ya establecidas: se han planteado ellas mismas, siguiendo el curso natural de la evolución, creando para ello las Asociaciones, y éstas irán robusteciéndose cada vez más, al par de los progresos de la máquina.

Las Asociaciones obreras crecerán y mejorarán: primero, porque los mismos, elementos del proletariado irán haciéndose cada vez más hábiles é inteligentes, más sanos y más fuertes; segundo, porque el progreso de las ideas sociales irá ganando cada día más adeptos, que se intregarán en estas primitivas Asociaciones, aumentando así el numero y coeficiente intelectual de las mismas. Todas estas Asociaciones irán sometiendo las máquinas al servicio de la colectividad; que se encontrará cada día mejor servida; al par que más descansada.

El capital dejará de ser el ídolo, y el trabajo se alzará como ara en que todos los humanos depositen sus ofrendas. Concluirán las guerras: el amor será la ley del universo... La fraternidad, entrevista como sugestiva utopia reinará al cabo en el planeta Tierra, y ante ella desaparecerán las artificiales diferencias de amo y esclavo, de rico y pobre, de hombre feliz y de hombre miserable. Y todo eso, logrado por el esfuerzo del cerebro, por el progreso y adaptación del cerebro á las leyes de la Naturaleza, al grande y sublime mecanismo universal.

De modo que, por el desarrollo natural de las cosas, lejos de ir la sociedad á un conflicto de barbarie y de muerte, encontrará su fácil salida en recursos inagotables, de prosperidad y vida.

DR. ENRIQUE LLURIA

Noticias y comentarios

La Junta de la Sección de albañiles de Sabadell ha acordado que, desde la próxima semana, todos los jueves, á las ocho y media de la noche, se celebren reuniones particulares á fin de que, acudiendo todos los socios que quieran, puedan cambiarse impresiones y expresar iniciativas para el mejoramiento de la clase, al mismo tiempo que en aquéllas podráse dar cuenta de los abusos ó atropellos que los patronos cometan contra los asociados.

Nos comunica también dicha Junta que habiendo varios asuntos interesantes de que tratar, entre ellos alguno importantísimo, la asistencia á esas reuniones se hace indispensable.

❀

Esperanta Fako.—Ni ricevis la unuan numeron de la *Internacia Socia Revuo* gazeto ke oni publikigas en Parizon. Ghi estas redaktata en Esperanta linguo.

Tiu chi numero enhavas laborojn de la plej konatoj esperantistoj Francanoj, kaj ampleksan internacian informaron.

Plezure mi faros koni al niajn legantoj la plej rimarkindajn artikolojn.

Ankau ni ricevis la duan broshuron de la kolekto eldonata por la grupo «Paco Libereco» kiu estas titolata «Al la Virinoj» lau Urbain Gohier.

En «Al la Virinoj» oni konsilas al la patrinoj ke donu al shiajn filojn la liberan edukadon de la militaj antaujughoj ke tiom malbono faras al la homaron.

Ni rekomendas tiu chi broshuron al la esperantistojn laboristojn.

En nia redaktego oni donas pli multe detaloj pri *Internacia Socia Revuo.*

Dankoj al niaj kamaradojn en Parizon por lia sendahgo.

Por la demandoj sin turni al R. Louis, 45, rue de Saintonge, Paris (III).

❀

Según leemos en la prensa obrera, se trata de organizar durante el verano de 1907 un Congreso obrero libertario comunista internacional, cuyas sesiones se celebrarán en Amsterdam.

Subscripción para los presos por cuestiones sociales

LISTA 34

Quico	0'40 ptas.
A. A	0'25 »
Vidamor	0'25 »
Miquel	0'25 »
Total	1'15 ptas.

Continúa abierta la subscripción.

Imp. Mallorca, entre 257 y 259